

Bezanos de la diáspora

Conocen bien mis aficiones y debilidades, por eso me invitan a que les diga algo en este programa de nuestras fiestas, aunque no es nada fácil meterse uno en las casas de los demás, sin saber como vas a ser recibido y tratado.

Es un riesgo, aunque negarme, después de tantos años aireando lo nuestro, el pueblo, sus gentes, con sus costumbres, inquietudes y desvelos; los paisajes idílicos, el presente inquietante, y hasta ese prometedor futuro que yo me invento y le deseo, sería por mi parte una descortesía.

Por eso, y dentro de la humildad que me caracteriza, y del profundo amor al pueblo, a la tierra, a sus gentes y a sus cosas, me animo a escribir unas líneas, a vueltas siempre con las ensoñaciones y recuerdos, únicos méritos que se me pueden atribuir. Espero que seáis benevolentes.

Y como estamos en fiestas, forzoso es hablar de fiestas. Porque ya nos hemos saludado y deseado felicidad; ya hemos preguntado por los que no han venido y hemos recordado una vez más a los que se fueron. Vamos a estar juntos unos días, a vivirlos con alegría, la inmensa alegría que supone juntarnos, a suavizar nuestras penas.

Aquellas no eran las fiestas de ahora, aunque las recordamos encantadoras, sencillas, sumamente acogedoras, humildes y recatadas, desbordantes de sinceridad. Lejanas en el tiempo, siempre presentes en nuestros corazones. Con su enorme carga de ilusiones, que hacía que de nuestros jóvenes pechos saliera a borbotones la alegría, y que al finalizar nos quedara una oprimente soledad y tristeza, y vueltas a la nostalgia; porque las próximas fiestas quedaban tan lejos, y durante un año, a lo más que podíamos aspirar era a unas simples veladas de baile, cuando la débil luz del candil, durante tanto tiempo, apenas sí conseguía mantener en nosotros el recuerdo y la esperanza.

Acabadas las fiestas, otra vez al camino, salteado de ocasiones más o menos alegres, pesarasas o premonitorias de algo que se anhelaba con ilusión. Cada uno ocupado en sus tareas, retomando con energía y con mucho cariño cada oportunidad, que la esperanza era mucha, por sendas holladas mil veces, que nos conducían otra vez, poco a poco, entre espejismos, a toparnos nuevamente con las fiestas.

Porque las fiestas de entonces eran eso, otra vez el feliz y anhelado encuentro, tras el largo camino recorrido; como buscando el bálsamo para olvidar recientes sufrimientos y penas. En el trayecto había poco más, y en las fiestas esperábamos y confiábamos en hacer

transacciones de amistad y de cariño; disfrutar de lleno y hasta con avaricia, todos juntos, de unos bien ganados días de fiesta.

Bezanos queridos. Cerrar los ojos y prestar atención, como a mí me gusta hacer, los que ya tenéis años para recordar. Estoy seguro que vais a percibir aquel delicioso sonido de un humilde y destemplado violín, el rasguear de una guitarra vieja, el ran cantaplán de un tambor, los gallos de una trompeta abollada y todo, a la sombra y frescor del viejísimo olmo. Y entre el chisporroteo de pequeñas estrellitas, contemplaréis las imágenes almacenadas en nuestro cerebro. Los muchachos agolpados alrededor de una mesa con turrón y golosinas, con el carrillo abultado por un caramelo, y estallando pedorretas; los mozuelos comprando petardos con que asustar, atiborrándose de gaseosas de pito como en un ritual; las rezogantes, pero guapas mozas, con sus intrigas y sus estragos entre los impetuosos mozos; los hombres a lo suyo, entre copa y trago; las solemnes y arrogantes madres tomando asiento en sus sillas y escañetas, deliberando en tan singular y placentero juicio, cual implacable jurado que dará su veredicto al final de cada día, los pasacalles de las vísperas, calle por calle, abriendo puertas a la alegría.

Nuestros patronos ya no recorren nuestras calles, en aquellas humildes y cálidas procesiones, desfile de todo un pueblo vestido de fiesta, oliendo a naftalina, a incienso y colonia de charlatán; y como avergonzados y tristes permanecen en sus pedestales, y las campanas ya no suenan como antes, y hasta el viejo reloj, en rebeldía pasota y contestataria, se ha negado a marcar las horas de comienzo y las de irse, de aquel tiempo que para todo había una hora.

Quedan eso sí, entre nosotros, los viejos y los jóvenes bezanos, ansias de vivir y de querernos, y sólidos lazos de amistad que no ha logrado borrar el tiempo. Y seguimos siendo fieles a la cita, a las fiestas, a pagar deudas con el pueblo, a devolverle la alegría, a darle la energía que le ayude a vivir unos años más, a ver si podemos despertarlo y que tome nuevamente el camino, esperanza a la que no renunciaremos.

Y hoy igual que ayer, vamos a disfrutar un año más, con mayor alegría si cabe, de las fiestas de nuestro pueblo. Con otros aires y con otros modos y formas, los mismos protagonistas, los bezanos de aquí y los de la forzada diáspora y sus amigos, y la gran familia y amistades que por el mundo han hecho.

Y para todos el cordial abrazo, el saludo y las felices fiestas.